EL ALMA DE LA PASCUA

Sin un alma infantil, sin fe sencilla,
¿cómo he de comprender la maravilla
de ingenuos nacimientos y belenes?

I

Se decidió en un momento. Llamó a un dactilógrafo y fue dando órdenes:

—Diga al chófer que prepare el coche para un viaje largo. Después, a los de casa, que me pongan dos trajes en la maleta. Yo me marcho a Santa María[98]…

Hugo Belmonte, al volver a quedarse solo, hubo de admitir que acababa de quebrantar una costumbre inveterada. Era la primera vez que se dejaba llevar de un impulso rápido, permitiendo al corazón imponer sus fueros al cerebro. Tuvo que autoanalizarse en busca de razones para explicar aquella extraña conducta. Hubiese sido una sinrazón que decidiese el viaje por nada, porque sí…

Bien. La noche anterior había pasado por la Escolta[99]. La vieja calle parecía haber perdido su frialdad comercial y se la sentía palpitar con una nueva vida. Cruzábanla de parte a parte líneas de bombillas eléctricas que parecían tatuajes de luces. Los escaparates daban la impresión de estar cuajados de brillantes. Los dueños, ingenuos e impregnados del espíritu de la Pascua, habían dado rienda suelta a la imaginación. Detrás de los cristales, deslumbraban las blancuras

[98] Probablemente sea el pueblecito pesquero, o *barrio*, de la bahía de Batangas que lleva ese nombre y depende del pueblo de Bauan.

[99] La calle Escolta está situada al norte de Intramuros al otro lado del río Pásig. Durante la época colonial y hasta mediados del siglo XX fue la calle más importante para los negocios y las grandes tiendas. Es también famosa por los edificios Regina y Pérez-Samanillo, que fueron los primeros rascacielos de la ciudad construidos antes de la segunda guerra mundial.

de nieve que fingían los copos de algodón. De lagos congelados con lechos de cristal emergían árboles de Navidad, erectos pinos de cartón y papel con las ramas abatidas bajo el peso de muñecos y bombones[100].

Por las aceras discurría la multitud, una multitud pausada y festiva, saboreando la intensa emoción del momento presente, sin esa vaga inquietud que despierta el pensar que va avanzando el final de la fiesta. Se adivinaba en todos la seguridad de que, por mucho que corriesen las horas, había por delante en amplia perspectiva plenitud de goces…

Hugo pensó en sí mismo. ¿Por qué, siendo la Pascua fiesta de todos, se sentía él al margen de la alegría general? ¿Qué sino impiadoso lo aislaba de los demás? ¿De qué estaba hecha su alma que no vibraba al compás de este entusiasmo que parecía irradiar de todos los cuerpos? Tuvo un momento de amargura. ¡Pobre títere, fatuo y vacío, él que se sabía de memoria los códigos y no acertaba a explicarse cómo podía esta gente sentirse feliz con sólo extasiarse ante las luces y comprarse un pedazo de tela y emocionarse con el aire fácil y cascabelero de un villancico!

Hugo se pasó toda la noche cavilando. Y de repente, esta tarde en su oficina, en la pausa entre dos alegatos, se le ocurrió la idea. Iría a su pueblo. Se empaparía de sencillez, de humildad en la paz de aquel lugar que no había visto durante los últimos quince años, demasiado absorbido por sus trabajos, fustigado por el afán de huir de la pobreza que había conocido en su niñez. Iría a Santa María a ver si el calor de los recuerdos conseguía despertar su alma a la sugestión santa de esta fiesta de todos que es la Pascua…

Entró el dactilógrafo y anunció:

—El coche está listo. La maleta también, según me acaban de avisar.

[100] Esta decoración era importada desde Estados Unidos. En Filipinas no hay nieve ni son habituales los pinos en su paisaje que es principalmente costero y tropical.

II

Al anochecer y a medio camino todavía, cayó una llovizna fina, helada. El chófer corrió las cortinas y Hugo tuvo que encogerse en un rincón, tiritando.

—Mucho cuidado, Crispín —indicó—. El camino está resbaladizo seguramente. Mucho ojo en las curvas…

Se hizo difícil el manejo, con el parabrisas empañado por el agua. El claxon tenía que gemir a cada instante. Dentro del círculo de luz que proyectaba el reflector, surgían árboles, casas, bultos informes que lo mismo podían ser personas que animales. La noche parecía una boca enorme que se tragaba al automóvil en rápida succión…

—Si chocáramos ahora —pensó, con un poco de miedo, Hugo.

Estaba medio arrepentido ya. Loco debía estar para haberse decidido a este viaje tonto. ¡Para lo que debía estar esperándolo en el pueblo! ¡Si casi no le quedaba familia! De niño perdió a sus padres. Por eso mismo, tuvo que abandonar Santa María. No quería ser una carga para el tío único bajo cuyo amparo pasó a vivir. Y ¡ese tío se había ido también! No quedaban más que unos parientes lejanos, tan lejanos que acaso ni se acordarían de él. Y ¡en casa de esos parientes había él pensado alojarse! ¡Bah! ¡Tonto, decididamente tonto él, al pensar como nunca había hecho, en volver al pueblo! ¡Quién lo mandaba a él! Tan bien como se sentía, en su indiferencia a todo, sin importársele un ardite que se divirtiesen o no los otros. Allá ellos con sus cosas, con su modo de ver las cosas. Y ¡él se había dejado llevar de aquella sensiblería de última hora, con la que sólo había conseguido estar aquí muriéndose de frío, en un viaje endiablado por caminos llenos de baches y charcos, en un constante peligro de romperse la crisma en alguna hondonada del trayecto!…

Cerró los ojos. No quiso pensar. Dormitó en su rincón. Pero, enseguida lo despertó, sobresaltado, un estampido:—¿Qué, qué ocurre, Crispín?

—¡Una goma que se nos ha reventado, señor!...

Paró el coche. Bajó el chófer para inflar una goma de reserva. Volvió a dormitar Hugo en su rincón, pero su imaginación fue más fuerte que su voluntad. Y pensó. Y rememoró. No habían sido siempre así sus nochebuenas. De chiquillo, las había tenido felices. Se dormía temprano con encargo a su madre de que lo despertase al primer toque de campanas.

—Pero, al primer toque, ¿eh, mamá?

—Sí, niño, sí, al primer toque…

Bueno, no lo despertaban y se le escapaba la misa de gallo[101]. Claro, amanecía él con la rabieta de no haber podido oír la misa. Pero mamá, muy diplomática, lo primero que hacía era amontonar juguetes y dulces y golosinas en cama. Se le iba pronto la mala espina, y saltaba de la cama alegre, con la perspectiva del traje nuevo, del asalto a los parientes en demanda de aguinaldo[102]… Bruscamente, Hugo se despertó de sus ensueños. Otro estampido.

—¿Otra goma, Crispín?

—Sí, señor…

A la entrada del pueblo, lo recibió un repique de campanas. Hugo encendió una cerilla y consultó la hora. Las doce en punto. La misa de gallo, con toda seguridad. Se sacudió, distendió sus miembros entorpecidos y dio instrucciones sin vacilar:

—Tuerces a la primera calle, a la izquierda, y te paras delante de la quinta casa. Despacio, Crispín…

[101] *Misa de gallo* o *Simbang Gabi* es una tradición de origen español. Consiste en una novena de misas que empiezan el día 16 de diciembre y que se celebran a las cuatro de la madrugada. Esta práctica no es sólo católica, sino que también la han adoptado otras confesiones cristianas. Después de la misa, las familias y amistades se reúnen a desayunar, ya sea en las casas o a la entrada de las iglesias donde hay muchos puestos ofreciendo diversos manjares. Frank Lynch explica que la misa de Navidad es una de las expresiones de solidaridad de la comunidad más importantes, pág. 211.

[102] Durante el mes de diciembre niños y niñas pasan por las calles cantando villancicos y pidiendo el aguinaldo. Suelen llevar sus propios instrumentos musicales hechos de latas, cañas de bambú a modo de castañetas y alambres en los que ensartan las tapas de metal de las botellas.

Sospechaba que no había cambiado el pueblo. Se lo confirmó su primera impresión. Había la misma curva violenta, a la entrada, el mismo edificio ruinoso a modo de guardián, y el mismo puente antiguo, de rampas pendientes.

A las ocho debió llegar, y llegaba a las doce. Creyó que no llegaría, nunca. Sólo faltaba que ahora, con lo intempestivo de la hora, no lo recibiesen sus parientes.

—Esta es la casa, señorito…

Hugo separó las cortinas, y reconoció el edificio, hundido entre las sombras de una amplia huerta. Ordenó a Crispín que llamara. Sonaron aldabonazos. Tenía algo de tétrico y misterioso aquel ruido en la media noche. Hugo, desde el coche, inquirió:

—¿No contesta nadie?

Se acercó Crispín, para explicar. No había luz, ni se movía alguno. Debía estar completamente desierta la casa, con la gente fuera; en la iglesia con toda probabilidad.

—Prueba otra vez —volvió a ordenar Hugo.

—Completamente desierta la casa —le fue a confirmar Crispín, al cabo de un rato.

Se quedó sin saber qué hacer Hugo, maldiciéndose por su mala ventura. ¿Dónde se metía él ahora, a esta hora inoportuna de la media noche? Fue examinando los alrededores. El alumbrado público, de gas, apenas si alcanzaba a desgarrar las tupidas tinieblas. A lo lejos, bajo un farol, brillaba un charco. En el fondo de la calle, se destacaba la sombra de una acacia gigantesca. Algunos vanos de puertas y ventanas se recortaban iluminados. A veces surgían sombras enlutadas que se dirigían a la iglesia. Se perfilaban un momento en los sitios de luz, como aves de mal agüero, y volvían a sumirse en las tinieblas.

Oyó otro repique de campanas. Ah, sí, recordaba, bien. *¡Gloria in excelsis*—Gloria en las alturas! La misa estaba en plena función, con el sacerdote cantando la gloria. Hugo hacía tiempo que no

oía misa, pero, todavía conservaba vagas nociones del proceso del santo sacrificio. *¡Gloria in excelsis!* Cerró los ojos Hugo, tratando de emocionarse un poco con el recuerdo. Hasta inició un rezo, que no pudo terminar, olvidado de las palabras santas. Pero del fondo de sus entrañas rogó a Dios, rogó intensamente que en aquel momento siquiera le diese un alma sencilla, un alma humilde que supiese impregnarse del espíritu de la Pascua.

Oyó carcajadas, oyó voces alegres. Intrigado, él mismo giró la llave de la luz del automóvil. Los faroles, encendidos, dibujaron delante del coche un circulo luminoso. Hugo los vio. Gente del campo, ataviada con trajes nuevos. Jóvenes con toda seguridad, con pañuelos de seda anudados a la garganta los hombres, sombreadas por velos de crespón las mujeres. No parecieron darse cuenta ni del coche, ni de él, ni de nada. Iban borrachos de la alegría que parecía emanar de ellos mismos, una sana alegría vibrante y sutil, que era como un pan hecho con la levadura de sus propias almas; una alegría confiada y sincera, clara como este repique de campanas que iban cantando gloria, gloria, gloria…

Hugo se dejó caer vencido, derrotado. ¡Pobre títere, fatuo y vacío, él que pretendía gustar del pan espiritual sólo concedido a las almas sencillas e ingenuas! Había venido al pueblo esperando que en su ambiente evocador de viejos recuerdos podría él volver a impregnarse del espíritu pascual. Y se había equivocado, puesto que ese espíritu no venía de fuera, sino de un fuego interior prendido por algo, el alma misma de la Pascua. Y ¡el alma de la Pascua no prendía ese fuego en todos! Escogía, seleccionaba, rechazaba. Él era un rechazado. En la dura lucha por la vida, se había él acorazado contra los sentimientos, endureciendo la corteza de su alma, porque cuando se tiene corazón no se triunfa en la vida. Él fue fuerte. Él ahogó su corazón. Y él triunfó. Pero, he aquí que el triunfo exigía también su precio. ¡Alma de la Pascua! ¡Espíritu sutil que busca almas sencillas, almas humildes, almas ingenuas!…

No, él no podía llegar a comprender esta fiesta de todos que es la Pascua porque para eso hay que tener corazón y él había perdido el suyo…

Hugo, con voz ronca, dio órdenes a Crispín:

—Da la vuelta… Nos vamos a Manila…

La máquina trepidó, giró la manivela con un chirrido. Y el coche, ágil, rápido emprendió el retorno. Hugo, embutido en su rincón, no pudo reprimir un sollozo…